

NECROLOGÍA

RAFAEL LAPESA (1908-2001)

M.^ª TERESA ECHENIQUE
Universidad de Valencia

Con la muerte de Rafael Lapesa el 2 de febrero de 2001 a punto de cumplir los 93 años ha desaparecido una forma de concebir el estudio filológico y su aplicación a la investigación del español. Formado sólidamente en Filología Clásica y Románica, Lapesa se acercó al mundo del Hispanismo pertrechado de un bagaje filológico-lingüístico poco común y dotado de una mente poderosa que le permitió dedicar sus esfuerzos a campos muy vastos, gracias a una madurez intelectual tempranamente cristalizada. Es verdad que las corrientes de antaño se caracterizaban por cierto generalismo en la investigación que, en muchos casos, permitía cubrir sin excesivo esfuerzo parcelas más amplias que las hoy cultivadas individualmente, pero los trabajos emanados de la pluma de Rafael Lapesa, tanto los que tratan temas lingüísticos como los que se acercan al hecho literario, eliminan cualquier posible imputación de perspectiva reduccionista a su obra. La sencilla forma de instalación en la vida, así como su total ausencia de vanidad, podrían inducir a juzgar erróneamente su personalidad académica carente del brillo necesario, pero la magnitud de su obra y la unanimidad absoluta del valor de su magisterio universitario sólo se explican con justeza como producto de una mente excepcional voluntariamente asentada en una apariencia de fácil proximidad.

Su actividad como investigador en el Centro de Estudios Históricos, así como sus tareas docentes en la Universidad Central madrileña, comenzaron inmediatamente después de terminar sus estudios universitarios, al calor de la doble orientación de sus maestros Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro¹; la impronta de ambas personalidades explica, en buena medida, su

¹ A ellos dedicó artículos y semblanzas memorables, entre los que destacamos "Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos", en *¡Alza la voz, pregonero!*

irrenunciable perenne vocación por la búsqueda autoexigente de exactitud y rigor en el ejercicio de las tareas académicas. La pulcritud filológica ha sido practicada por Lapesa en el aula y en sus escritos, en los más lingüísticos y en los más decantados hacia la literatura, mediante la aplicación inseparable de modos y métodos a ambos campos, y ello como consecuencia del conocimiento profundo de los textos de todas las épocas y periodos de la historia del español. La dedicación preferente a autores y textos literarios convertidos en cita inexcusable en las historias de la Literatura española, entre los que ocupan lugar destacado Garcilaso e Íñigo López de Mendoza, junto a otros muchos poetas y prosistas de ayer y de hoy, no le impidieron acercarse a otras manifestaciones iliterarias como el *Fuero de Avilés*, el *Fuero de Madrid* o el *Fuero de Valfermoso de las Monjas*, a los que dedicó parte de su mejor obra y a los que dio tratamiento filológico en estrecha vinculación con la documentación jurídica medieval publicada por su maestro Menéndez Pidal para la geografía castellana.

Lo que hoy aparece recopilado en sus obras es el compendio de toda una vida dedicada a la lectura atenta de testimonios escritos a través de su mirada de historiador de la lengua, de gramático-historiador en definitiva, de filólogo mejor, pues su interés por los textos no se ha detenido en la mera preocupación lingüística: ahonda en el ámbito literario buscando la razón misma del ser humano como ser cultural. En este sentido recobra ahora toda su significación la magistral penetración filosófica en el estilo de Calderón, a cuyos personajes de *La vida es sueño* había dado vida desde niño con su propia voz en improvisado escenario familiar de su Valencia natal, como él mismo dejó referido por escrito en un entrañable texto convertido en anticipado preludio de su acendrado carácter y de su envidiable andadura vital².

Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1979, págs. 46-79, y "La huella de Américo Castro en los estudios de lingüística española" en *Américo Castro: the Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth*, Madison, 1988, págs. 97-113, además de las muchas citas esparcidas por sus trabajos.

² "No había cumplido yo los nueve años cuando cayó en mis manos un ejemplar de *La vida es sueño* en pequeño formato y pulcramente impreso en tinta cárdena. Me enfrasqué en la lectura del drama con tal avidez que mis padres hubieron de comprarme un teatro de juguete, con doble decoración de selva y de palacio. Dibujé figurillas de cartulina, imitándolas de las que ilustraban unas *Historias de Calderón* de la Colección Araluce; las recorté y las vestí ricamente con los papeles de plata que, recubriendo bombones, llegaban a casa en los días de fiesta (la dificultad mayor fue la indumentaria de pieles con que había de aparecer Segismundo, pero se resolvió aprovechando forros de guante). Y en aquel mínimo teatro del mundo dirigí una y otra vez los movimientos de mis figurillas, acompañándolos con la lectura de versos que sólo entendía a medias, pero que envolvían la anécdota del argumento en un halo de mágico misterio y elevadora trascendencia. A los pocos meses, trasladado de mi Valencia natal a Madrid, mi madre me llevó a una representación de la obra por la compañía de Ricardo Calvo. Hoy, sesenta y cuatro años después, sigue actuando en mí el hechizo

Tampoco como profesor se ha ajustado el perfil de Rafael Lapesa, don Rafael, a los cánones de la brillantez. Ha sido el profesor universitario disciplinado, constante en el ejercicio de sus obligaciones en el aula, monótono, en cierto sentido, si se quiere, caracterizado por la búsqueda consciente de la eficacia en la transmisión del saber. Preocupado por mantener convenientemente atemperado el nivel de atención del estudiante, no le importaba el efecto que ello pudiera tener sobre su propia imagen; se podría decir, incluso, que rehuía toda brillantez en aras de la eficacia. Quizá gracias a esta renuncia voluntaria a cualquier relumbramiento personal se fue consolidando ininterrumpidamente, año tras año, como formador de numerosos futuros filólogos. Don Rafael persiguió, con la tenacidad que le acompañó en todos los órdenes de la vida, despertar la curiosidad filológica en el alumno, eso que hoy llamamos motivación, pero no aquella que termina con el apagón del final de curso, sino la que queda sembrada en la mente del filólogo en ciernes y va germinando con el paso del tiempo al hilo del descubrimiento de los problemas lingüísticos de cada día. Su finalidad como profesor ha buscado facilitar al estudiante los recursos necesarios para afrontar las dificultades de su presumible futura actividad docente, en trasladar al aula, en definitiva, las dudas e interrogantes con las que todo profesional de la lengua va tropezando a cada paso. Solo así se explica que, además de los muchos profesionales a los que infundió vocación docente y hoy ejercen su magisterio en las enseñanzas secundarias por las que el propio Lapesa sentía tanto aprecio y respeto, llegara a dirigir más de ciento veinte Tesis doctorales, gran parte de las cuales son obra de doctores que han consolidado su posición en el mundo universitario, lo que explica los muchos discípulos que en la actualidad hay repartidos por la vasta geografía del Hispanismo.

El doble magisterio académico de sus orígenes ha sido repetidamente subrayado por el propio Rafael Lapesa³. De Menéndez Pidal adquirió la exactitud en la utilización investigadora de los datos y su contraste en los textos, así como el afán de actualización metodológica, que se concretaba en la superación del positivismo y el idealismo europeos⁴; fue el maestro que dirigió sus pasos hacia la historia de la lengua en su aspecto más propiamente lingüístico, pues, aunque Menéndez Pidal no llegó a publicar una

de aquellas vivencias, hondamente grabadas en momentos decisivos de mi niñez" ("Lenguaje y estilo de Calderón", en *Actas del Congreso Internacional sobre Calderón y el Teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, 1983, págs. 51-101).

³ Véase, a modo de ejemplo, la frase inicial de su "Semblanza de Américo Castro", en *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, 1987, págs. 121-134.

⁴ Hay un excelente análisis de la cuestión en J. Portolés, *Medio siglo de Filología española (1896-1952)*, Madrid, 1986; recientemente ha destacado este hecho A. Badía Margarit en "Rafael Lapesa y la lengua española", *Saber Leer*, 145, mayo 2001, pág. 12.

Sintaxis histórica completa del español, su trabajo sobre el *Cantar de Mio Cid* contiene toda la sintaxis del español medieval, como solía repetir incansable y generosamente don Rafael. De hecho, la sintaxis histórica del español ha presidido ininterrumpidamente buena parte de su dedicación académica. Por otro lado, Rafael Lapesa trabajó también desde su primera juventud en la Universidad de Madrid al lado de Américo Castro, apasionado maestro de la historia y la literatura españolas, de quien heredó una pasión no menor por el trabajo filológico. Ambas fuentes confluyeron en la conformación de su personalidad filológica, bien delimitada de manera personal y propia, al tiempo que muy alejada de sus modelos próximos.

Cuando Rafael Lapesa, a propuesta de quien había sido su profesor de Historia de la lengua española en su último curso de la licenciatura en Letras, Américo Castro, entró en el Centro de Estudios Históricos madrileño en septiembre de 1927 para trabajar bajo la dirección de Menéndez Pidal, encontró allí colegas largamente dedicados a los estudios filológicos, cuya labor había ido dando frutos importantes (“había alcanzado ya brillante plenitud”, dice Lapesa⁵). Hoy sabemos que el Centro constituía una isla en el conjunto del panorama español dedicado a los estudios lingüísticos, y que las clases universitarias se impartían preferentemente allí, y no en la Facultad de Filosofía y Letras de San Bernardo (que era “desesperadamente arcaica”⁶). Lapesa sustituyó a Castro en la cátedra de Historia de la lengua durante su estancia en Hamburgo en el curso académico 1930-31, sustitución que se alargó como consecuencia de ser Castro nombrado embajador de la República en Berlín, lo que obligó a don Rafael a preparar precipitadamente una Tesis doctoral sólo publicada en fecha reciente por la Universidad de Sevilla⁷.

En el Centro se habían ido incorporando innovaciones metodológicas procedentes del corazón de Europa, que pondrían en marcha proyectos de gran envergadura filológica, entre los que destaca el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, y cristalizarían en trabajos todavía hoy fundamentales de Navarro Tomás, los dos Alonso y otros muchos, algunos de ellos publicados ya en la *Revista de Filología Española* del Centro. Allí trabajaban figuras como Elías Tormo, Manuel Gómez Moreno, Eduardo de Hinojosa, Julián Ribera, Jaime Oliver Asín, Antonio García Solalinde, Federico de Onís, Vicente García de Diego, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Samuel Gili Gaya, Dámaso Alonso, entre otros, además de sus maestros directos Menéndez Pidal y Castro, y durante su estancia fueron profesores

⁵ En “Menéndez Pidal, creador de escuela...”, pág. 43.

⁶ *Ibidem*, pág. 46.

⁷ *El Dialecto Asturiano Occidental en la Edad Media*, Sevilla, 1998.

visitantes Karl Vossler, Leo Spitzer, Marcel Bataillon, Salvatore Bataglia, C. Carroll Marden y una larga lista que muestra los estrechos lazos que unían a esta institución con el Hispanismo europeo y americano del momento. El propio Joan Coromines, que después quedaría vinculado a Lapesa por razones intra y extraacadémicas, acudiría allí en 1928 con el fin de asistir a las clases de Menéndez Pidal y de Castro y defender luego su Tesis doctoral⁸. No es de extrañar, pues, que Rafael Lapesa partiera de una sólida formación integral a la hora de abordar trabajos de historia lingüística y literaria, trabajando codo con codo junto a colegas a los que después le unirían vínculos más estrechos que los estrictamente académicos.

No se puede pasar por alto el hecho de que Lapesa conociera precisamente en el Centro a Pilar Lago (“a quien don Ramón, con supremo acierto, asignó una mesa frontera de la mía para que preparase textos críticos de Berceo”⁹) compañera que contribuyó a afianzar sus ideales vitales, con la que se casó y compartió actividades profesionales y viajes de trabajo, así como amistades y relaciones, a la que cuidó ejemplarmente en sus últimos años, y de cuya pérdida en 1984 no llegó a consolarse jamás.

Pero tan decisivo en su vida universitaria como sus orígenes académicos fue para Lapesa la llegada de la guerra civil española, que le apartó de todo cuanto se había ido construyendo en torno a sus maestros y le llevó a constituirse en solitario eje orientador del estudio histórico integral de la lengua española. Por cuantas dificultades recordaba, como consecuencia de las sanciones depuradoras que finalmente quedarían anuladas, no cultivó rencor alguno; decidió dedicar sus energías al quehacer positivo, lo que a la larga se revelaría acertado fruto de su mente lúcida y madura.

En 1948, nuevamente a propuesta de Américo Castro, Lapesa fue a la Universidad de Princeton en calidad de Profesor visitante; pudo reanudar entonces la convivencia con su maestro, que se había interrumpido durante doce años. Ante la sorprendente petición de Castro de que “diera un curso sobre caracteres sintácticos del español donde se refleje la forma de vida hispánica”¹⁰, Lapesa optó por resolver tamaña empresa acudiendo a la aplicación del concepto humboldtiano de la forma interior del lenguaje, según lo había aplicado Amado Alonso a varios rasgos peculiares de la lexicología y sintaxis hispánicas. Es importante subrayar la trascendencia que este hecho tiene en la obra de Lapesa, caracterizada, en general, por una gran cautela teórica de fondo a la hora de interpretar los hechos gramaticales,

⁸ Véase J. Pujadas i Marquès, “Notes bibliogràfiques de Joan Coromines, en *L'obra de Joan Coromines* (J. Solá ed.), Sabadell, 1999, pág. 232.

⁹ “Menéndez Pidal, creador de escuela...”, pág. 71.

¹⁰ Véase “La huella de Américo Castro...”, pág. 105.

pues el recurso a la forma interior del lenguaje le permitió articular en forma unitaria aspectos aparentemente inconexos de la Sintaxis histórica del español. Problemas tales como la distribución de los usos de *haber* y *tener*, *haber* y *ser*, *ser* y *estar*, la pasiva refleja con sustantivos no humanos frente a la impersonal con *a* para sustantivos humanos, la generalización de la preposición *a* ante el objeto directo personal de la acción verbal, el leísmo-laísmo-loísmo, la oposición entre los sentidos virtual y actual del sustantivo mediante la ausencia o presencia del artículo, y otros, se han publicado conjuntamente en fecha reciente con el título *Estudios de Morfosintaxis histórica del español*, con lo que su obra, antes dispersa en trabajos varios, recupera la visión trabada que tuvo en su concepción. Dice Lapesa en 1988¹¹ que “la forma interior de una lengua no es correlato de una concepción puramente intelectual del mundo”; de hecho, en 1968¹², al aplicar la idea de forma interior a la sintaxis histórica, matizaba que “habría que desconectarla del idealismo filosófico, alejarla del plano en que se especula con el espíritu de los pueblos y otras abstracciones más o menos fantasmales, y traerlas al de las tradiciones, hábitos, formas de vida y creaciones colectivas”. En 1984¹³ vuelve Lapesa sobre el carácter cambiante de la forma interior, a la que considera cercana a la “morada vital” de Américo Castro. Mediante la aplicación de este ideal de inspiración germánica que impregna sus trabajos quiso apresar en términos filológicos la función conformadora que el lenguaje ejerce sobre la mentalidad de comunidades e individuos.

Sin olvidar la valoración que recientemente se ha hecho de la obra lapésiana¹⁴ y teniendo en cuenta la consideración unitaria de toda su producción filológica (incluyendo la dedicada al ámbito literario), se puede decir que la obra lingüística de Lapesa está articulada en torno a tres ejes vertebradores: la Historia de la lengua española, la Morfosintaxis histórica del español y el estudio del Léxico ibero-románico, las cuales reciben el soporte de otras disciplinas trabajadas menos capitalmente en el quehacer lapésiano.

La Historia de la lengua se nutre de la Fonología diacrónica (de la que incorpora los logros obtenidos por Alarcos¹⁵), la Dialectología histórica (su tra-

¹¹ *Ibidem*, pág. 106.

¹² En “Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español”, en *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*, Madrid, 1968, IV, págs. 131-150.

¹³ En “Comunidad lingüística y diversidad nacional en la cultura hispánica”, en *Actas del Simposio sobre Posibilidades y Límites de una Historiografía Nacional*, Madrid, 1984, pág. 529.

¹⁴ *Rafael Lapesa: su obra. Homenaje a Rafael Lapesa* (Manuel Ariza coord.), *Philologia Hispalensis*, 1998, XII, 2.

¹⁵ Véase M. T. Echenique, “Fonética y Fonología en la obra histórica de Lapesa”, *ibidem*, pág. 14.

bajo sobre el *Fuero de Valfermoso de las Monjas* es en este sentido paradigmático) y de la Dialectología sincrónica (magníficamente sistematizada en su *Historia de la lengua española*), al tiempo que sirve de sustento a la aplicación renovadora del comparatismo con trabajos magistrales como el inteligente estudio sobre el *Auto de los Reyes Magos*. En su manual de *Historia de la lengua* recogió, amplió y corrigió (las últimas ediciones de 1980 y 1981 son buena muestra de ello) cuanto ha afectado al devenir histórico de la lengua en todas sus etapas, desde la situación prerromana de la Península (a la que dedicó un capítulo extensísimo, en el que llegó a recoger el trascendental cambio de orientación registrado desde los *Monumenta Linguae Ibericae* de Aemilius Hübnér [1893] a los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* de Jürgen Untermann [1975-1997]) y las consecuencias derivadas de su contacto con la lengua vasca en distintas épocas, hasta la actualidad, recogiendo y analizando la posible huella que otros sistemas lingüísticos han ido imprimiendo sobre la lengua dentro y fuera de sus fronteras peninsulares.

Por Navarro, Amado Alonso o el propio Menéndez Pidal había tomado contacto con estudios dedicados al vasco. Más tarde, el hecho de haber formado parte del tribunal de Tesis doctoral de Luis Michelena en la Universidad Complutense (que daría lugar a la insustituible *Fonética histórica de la lengua vasca* en la que Michelena trasvasó a este campo los principios que Menéndez Pidal había aplicado a la Gramática histórica española), junto al director José Vallejo —latinista formado en el Centro de Estudios Históricos, que no había tenido inconveniente en dirigir la Tesis doctoral a quien carecía de antecedentes penales apropiados— además de Dámaso, Balbín y Fernández Galiano, debió influir para el tratamiento condensado que de ella hace en lugar pertinente. Pero son, sin duda, la constitución de la koiné castellana medieval a través de sus brillantes trabajos sobre la apócope, por una parte, y el español de América en todas sus dimensiones, cuyo tratamiento ha sido compendiado magníficamente en fecha reciente¹⁶, por otra, los núcleos más consistentes de su obra histórica, que, sistematizada en su manual, apoyó continuamente con trabajos de especialización concienzudos a la par que eruditos, recopilados en buena medida en 1985 en su *Estudios de Historia lingüística española*. Pese a ello, no olvidó nunca su faceta de profesor de instituto: su *Historia de la lengua española* nació con ese espíritu antes de transformarse en obra imprescindible que está a punto de ver su traducción a la lengua japonesa para estudiantes universitarios.

La Onomástica, concretada en el plan de estudios de la Universidad Complutense como asignatura de *Toponimia y Onomástica* (denominación

¹⁶ Véase H. López Morales, "Rafael Lapesa y el 'andalucismo' del español de América", en *Rafael Lapesa: su obra...*, págs. 99-107.

errónea, como él mismo recordaba el primer día de clase, aclarando que debería de haberse denominado *Toponimia y Antroponimia*) fueron objeto de ejemplar magisterio en el aula y, en los últimos años, en el austero Seminario 7b de la Facultad. Contigua a su frío despacho, que, además de unas minúsculas mesa y silla, contenía los pesados tomos de Madoz y de Forcellini, estaba la salita adjunta compartida por profesores y alumnos, cuya penuria de instalación quedaba sobradamente compensada por el magnífico acopio de libros y revistas internacionales que se había ido acumulando en ese espacio entonces común a Historia de la lengua y Filología románica, en la que impartía las clases dedicadas a la interesante toponimia de Burgos, en que el elemento vasco volvía a revelarse esencial. Don Rafael no llegó a construir una obra concreta en ese campo¹⁷ (pese a las numerosas referencias y consideraciones que hay recogidas en su *HLE*), quizá por un exceso de respeto a obras de Menéndez Pidal o Joan Corominas sobre la materia, que se adentraban en terrenos carentes del ordenamiento y claridad necesarios para una mente tan estructurada como la de Lapesa, pero lo utilizaba como excelente campo de pruebas para la incipiente aplicación filológica de los escasos alumnos interesados en el estudio toponímico.

La Morfosintaxis histórica del español, a la que Lapesa dio tratamiento autónomo, como preludeo, primero, y en paralelo, después, a la eclosión actual de la Sintaxis, ha sido materia construida palmo a palmo por el propio don Rafael a lo largo de su dilatada y fecunda vida académica¹⁸; le dedicó numerosos trabajos ahora ya recopilados, así como la mayor parte de su actividad docente reglada. Durante cuarenta años fue publicando sucesivos artículos a los que se puede dar sin paliativos el calificativo de textos clásicos en el sentido más exacto del término, pues constituyen base insoslayable en el estudio de la Sintaxis histórica española. A lo largo y ancho de sus años de docencia, fue integrando en el aula los resultados de su actividad investigadora, transmitiendo satisfactoriamente a los estudiantes cuanto iba aportando con su quehacer cotidiano, enmarcando los hechos lingüísticos en su lugar y momento histórico precisos. Todo ello quedaba presidido por su concepción del cambio lingüístico en términos de transformación lenta, de "prolongado coexistir de tendencias que afectan a unas u otras partes del sistema"¹⁹.

¹⁷ Véase M. Ariza, "La onomástica en Rafael Lapesa", en *Rafael Lapesa: su obra...*, págs. 89-92.

¹⁸ Véase R. Cano, "La aportación de Lapesa a la Sintaxis histórica del nombre en español", y J. L. Girón, "Oración y discurso en la obra de Rafael Lapesa", en *Rafael Lapesa: su obra...*, págs. 17-42 y 43-68, respectivamente.

¹⁹ Véase su trabajo "Comunidad lingüística...", pág. 530.

Por lo que se refiere al estudio del léxico, cabe decir que Lapesa había dirigido la sección de Lexicografía en el Centro de Estudios Históricos, donde llegó a reunir un importante fichero de vocabulario español medieval, matriz del inacabado *Glosario del primitivo léxico ibero-románico*²⁰ y donde elaboró notas etimológicas, léxicas y semánticas del español medieval y del Siglo de Oro²¹. No creo que se haya señalado hasta hoy que también en Castro está la raíz de los trabajos lapesianos sobre el cultismo semántico. En los *Glosarios latino-españoles* Américo Castro había llegado a trazar “un excelente panorama histórico del cultismo en castellano medieval”²², al tiempo que trabajaba en el discutido campo de las “seudomorfo-sis”, esto es, “calcos semánticos del árabe, palabras o expresiones completamente romances en cuanto al origen y evolución formal de su significante, pero parcial o totalmente arabizadas en su contenido significativo”²³. Con las adaptaciones pertinentes, el cultismo semántico es, en mi sentir, trasvase de este mismo principio teórico al léxico de origen latino patrimonial o culto, y se concreta en la recuperación de significados originarios latinos de voces castellanicas cuyos significantes estaban ya presentes en la lengua desde una u otra época con otros valores. El conocimiento de los antecedentes literarios latinos de nuestros escritores áureos, del que Lapesa hace gala en los trabajos dedicados al cultismo semántico, es por sí mismo indicador de su capacidad para cubrir a un tiempo, con la misma maestría, la parcela lingüística y la literaria del estudio filológico.

Quizá no se pueda llegar a transmitir con la suficiente contundencia que Lapesa ha sido un profesor excepcional de la Universidad española. Cuando, a principios del mes de octubre de 1984, tuve el privilegio de recoger a don Rafael en su domicilio para conducirlo a la Universidad Autónoma de Madrid, a la que había sido invitado como profesor extraordinario para impartir Morfosintaxis histórica del español a los alumnos de 5.º curso de Filología Hispánica de aquel año (esto es, a sus 76 años, pues su jubilación a los 70 en modo alguno redujo su actividad, sino más bien lo contrario), encontré a un don Rafael abrumado por la tarea que le aguardaba, preocupado hondamente por la perspectiva de tener que presentarse ante estudiantes que, según él decía, tenían mejor preparación que la suya en las nuevas

²⁰ El Seminario Menéndez Pidal anunció en 1998 el proyecto informatizado de edición de esta obra, en la que se recogerían las revisiones e incorporaciones efectuadas por Lapesa en sus últimos años, sin que por el momento se haya producido.

²¹ Véase P. Álvarez de Miranda, “Las tareas lexicográficas y los estudios sobre el léxico de Rafael Lapesa”, y L. López Grigera, “Aportaciones de Rafael Lapesa a los estudios de Literatura española del Siglo de Oro”, en *Rafael Lapesa: su obra...*, págs. 69-88 y 139-213, respectivamente.

²² Según afirmó Lapesa en su “La huella de Américo Castro...”, pág. 100.

²³ *Ibidem*, pág. 103.

corrientes de la Lingüística. El hecho de haber perdido a su mujer pocos meses atrás contribuía, probablemente, a alimentar el sentimiento de inseguridad que con el paso del tiempo he aprendido a detectar en los verdaderos sabios ante situaciones nuevas. Creo, incluso, que don Rafael habría agradecido en aquel momento verse relevado del deber de asistir a la Universidad Autónoma de Madrid a impartir las clases; esperaba que yo se lo propusiera, pues su sentido del compromiso adquirido le impedía tomar la iniciativa de abandonar el proyecto asumido voluntariamente. Como no es difícil de adivinar, ese sentimiento apenas si sobrepasó el trayecto que hay entre la Residencia de Profesores madrileña (la llamada "Profesorera") donde don Rafael vivía, a la UAM. Tras varios años sin haber ejercido la docencia en el aula y temeroso, por ello, de volver a ella en una Universidad que, por añadidura, no había sido la suya habitual, tan pronto como don Rafael tuvo frente a sí a los más de 300 alumnos y profesores que llenaban el salón de Actos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM en el que don Rafael dio sus clases aquel inolvidable curso (todos ellos bien instruidos en la corriente generativa de la Lingüística, digámoslo de paso), fue reconocido de inmediato como el maestro que ha dedicado su vida al estudio de la Filología honradamente y con gran solidez. Al escuchar los ejemplos tomados de la lingüística de fondo y a los que insuflaba un inigualable calor personal, el aula recuperó la atmósfera universitaria entrañable que le ha acompañado a lo largo de su andadura académica. Al recitar pasajes de *La Celestina* o versos de Calderón, párrafos de *El Corbacho* o ejemplos tomados de Larra, afluían al aula efluvios renacentistas, áureos o modernos, que eliminaban cualquier sensación de incipiente monotonía. Los estudiantes entendían y apreciaban sin necesidad de aburridos parlamentos el sentido real del hermanamiento entre Gramática histórica y Literatura que don Rafael ha cultivado con tanta tenacidad y vocación. También él se sintió reconfortado desde el primer momento al comprobar que su magisterio seguía teniendo un lugar en el mundo de la Filología. A partir del segundo día recogía en mi coche, rumbo a la Autónoma, a un don Rafael portador de una sonrisa que hacía aún más respingona su nariz, que se acercaba con su enorme carterón y la boina en la mano silbando las melodías más insospechadas mientras cubría el trecho de su portal al automóvil. Atrás quedaba su imagen con el sombrero de fieltro gris verdoso que, según un día me contó y si mi memoria no me traiciona, había comprado en Brooklyn durante su etapa americana: desde el Seminario 7b de la Facultad en la Universidad Complutense le veíamos en los años setenta salir, con el sombrero y el mismo carterón, de su Morris MG color crema, tras haberlo aparcado en forma mucho menos cuidadosa de la que le ha caracterizado en cualesquiera de sus muchas tareas profesionales.

La tenacidad que le conducía a realizar por sí mismo el esfuerzo que consideraba imputable a su persona constituía un rasgo sobresaliente de su carácter y le impedía, por lo general, aceptar ayuda ajena. En 1995, cuando don Rafael contaba ya 87 años y su dificultad para moverse con facilidad y consultar libros cada vez más inaccesibles en sus rebosantes estanterías se había incrementado notablemente, se avino a que yo colaborase en la corrección de pruebas de su libro *El español moderno y contemporáneo* (1996); pues bien, durante cinco agotadoras horas estuvo llevando y trayendo personalmente, con la sola ayuda de su bastón, los libros necesarios para realizar las consultas, negándose (con gran caballerosidad, eso sí, pero con igual rotundidad) a que yo contribuyera a ello salvo en los casos estrictamente necesarios. Luego supe con gran contento que la forma de responder de aquel trajín fue seguir por televisión un partido de fútbol del Real Madrid, actividad por la que era capaz de aplazar cualquier tarea y que le producía enorme satisfacción, pues también era propio de su forma sensata de entender la vida compensar su abnegada dedicación al trabajo con pequeñas cosas que le permitían seguir manteniendo el buen talante para atender debidamente tareas propias y ajenas.

Hasta los ochenta y muchos años trabajó incansablemente; a su trabajo de investigación y redacción de las muchas colaboraciones que le eran solicitadas para revistas y homenajes dedicaba preferentemente las horas de la noche, acompañado por una selección de su bien nutrida "discoteca" (como él la llamaba) de música clásica. Con motivo de su 90 cumpleaños el Seminario Menéndez Pidal celebró un acto que constituyó una de sus últimas apariciones públicas, poco después del cual le sobrevino el primer achaque serio. A partir de entonces, si bien tuvo momentos de mejoría y ráfagas de lucidez, su actividad fue prácticamente inexistente. Durante los últimos años habló con insistencia de su niñez valenciana, recordó incansablemente a su mujer, los viajes al extranjero (principalmente a América, del Norte y del Sur), las muchas anécdotas que salpicaron su pletórica biografía. Sufrió particularmente por la situación política de España. Los actos de terrorismo le producían una desazón inconsolable y la defensa de la diversidad hispánica, que él llevó a la práctica a lo largo de su dilatada vida sin importarle verse envuelto en situaciones comprometidas, se convirtió en temor a la desintegración orteguianamente entendida como decadencia.

Cuantos hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos no sólo hemos asistido a clases magistrales de historia de la lengua o a seminarios en los que nos transmitía los modos rigurosos de la investigación filológica (que él, a su vez, había aprendido de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza), sino, sobre todo, hemos tenido el modelo del profesor que todo universitario desearía llegar a ser. Descanse en paz.